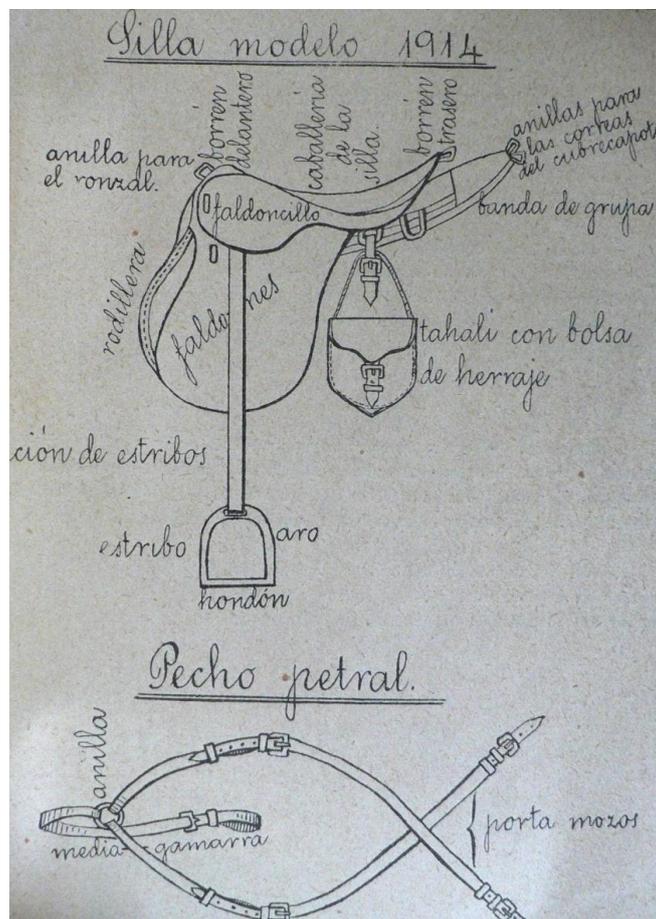


RECUERDOS CON HISTORIA 111

SILLA DE MONTAR MODELO 1914



Esquema completo de la montura tal como se detalla en un libro del Capitán de Infantería don Saturnino Arocas en edición de 1930.

Al joven segundo teniente recién salido de la Academia Militar don Hipólito del Pozo, nacido en 1903, le regalaron sus bondadosos padres un magnífico y espléndido caballo de capa alazán tostado, cruz elevada, fino olfato y buena memoria.

Procuraron, además, que fuese un “caballo de armas” obediente y resistente a la fatiga. Con todas esas cualidades el feliz propietario, novel oficial de Artillería, estaba seguro de que iba a disponer de un corcel de primera categoría. Le agradó sobremanera que luciera en la cabeza un vivo “cordón corrido”, es decir, una línea blanca a lo largo del frontal de la cara y que por el tono claro de los extremos de sus patas, justo en las

cuatro cañas, fuera un caballo “calzado de cuatro”. En definitiva, un semoviente de maravilla.

Ahora faltaba el equipo: silla con su correspondiente manta sudadera, cabezadas, estribos, pechopetral, cincha, bolsas de equipo, tahalí... en fin, un gasto que le costó a nuestro teniente la paga de dos meses y medio. Y aún le faltaba el sable reglamentario de montar, el cubre capote y una fusta a capricho digna de su empleo. Las espuelas no, esas se las regaló la novia. De plata.

El muchacho empezó por la montura. Antes, empero, le avisaron que aquí no valían caprichos y que su silla tenía de obedecer a reglamento, máxime si ya estaba prestando servicio en un cuartel de Artillería Montada.

Pues vayamos a la silla que era lo más caro. Resultó que por aquellos años el comercio ofrecía sillas para oficial, menos dimensionadas que las de tropa y de elegante diseño. Sin embargo, el teniente se encaprichó de la que era la mejor silla militar de reglamento para la tropa: la llamada “cola de pato modelo 1914”. Admitía esta montura equipo común tanto para oficial como para tropa y era, además, según el parecer de experimentados jefes, la obra cumbre de los maestros silleros.

En realidad lo era porque desde su armadura en escogida madera de haya hasta la pieza de cuero de “vaquetilla”, que le da su aspecto final en tonalidad marrón de gran belleza, ofrece el impacto de una obra de arte. Fuerte, bien acabada, de solidez más que comprobada y aspecto general de contundente elegancia. Otra cosa era la comodidad que en eso no nos vamos a meter pues hubo opiniones para todos los gustos.

De sobras sabía el señor teniente, por haberlo estudiado en la Academia, la nomenclatura de la silla. Tenía bien aprendido y diferenciado lo que era el casco, los fustes, los bastes, el borrén y cualquier otro elemento de tan importante objeto. Incluso se sabía de carrerilla las *partes de cada parte* pudiendo recitarlas una por una a velocidad de galope tendido.

-“El fuste delantero se compone de piernas, cogotillo, arco y perilla. En el cogotillo hay unos rebajes para encajar las bandas a cola de milano y...”

-“Muy bien, muy bien. Pare usted señor aspirante. Queda aprobado”.

Vaya que no lucía “lindo” el teniente a lomos de su caballo. Uniforme de sastre recién estrenado, sable reluciente que adquirió en la Casa Medina de la calle Preciados de Madrid y una fusta de campeonato obsequio de unos primos de Sigüenza.

A caballo mandando tropa se sentía un rey. Y sin mandar tropa también. Conocía todos los secretos para mantener limpia su montura que con fija periodicidad repasaba con aceites de hígado de bacalao (a veces empleaba el de ricino no refinado) y toque de betunes para el brillo final.

Lo que más le había fastidiado, de cadete, era que le arrestaran a “*dar la bola*” cosa que ocurrió más de siete veces. Consistía el arresto en dedicar una hora larga, de merecido descanso en la cantina, en “*embolar*” la silla, es decir, coger una especie de pringosa pelotilla confeccionada con cera, sebo y colorantes, machacarla con calma entre los dedos haciéndola flexible y pasarlo todo por cueros y correas de cabezada, riendas, bolsas y todo el complicado etcétera.

El cadete acababa de ser fastidiado a fondo. Dar la bola era estar “*ambolao*” cosa que ha acabado, en el presente, como sinónimo de tener que hacer una tarea desagradable y fastidiosa, o sea, “*meter o endilgar a alguien un embolao*”.

Con todo, la silla le quedaba perfecta. Relucía más que la de un general y el joven teniente estaba más que orgulloso con su “*cola de pato*” del modelo de 1914, lo último en sillas de montar.

Tanto fue así, que muchos años después aparece la misma silla en el Reglamento de Uniformidad de 1943. De ahí que en la década de finales del siglo XX aún era reglamentaria y muy empleada por su resistencia y funcionalidad incluso por las Tropas de Montaña conforme explicó, en 1990, el coronel don Luís Esquiroz.

Vicente Navarro Serra
Diciembre 2017



Silla modelo 1914. Destacan los amplios faldones y el inicio de la forma abultada y sinuosa de la rodillera izquierda. También las bolsas de grupa o cebaderas y uno de los variados modelos de tahalí para el sable de oficial.



Vista de la parte superior de la silla con sus faldoncillos. A pesar de que este ejemplar tiene más de cien años conserva toda la intrínseca galanura del color marrón de su escogido cuero.



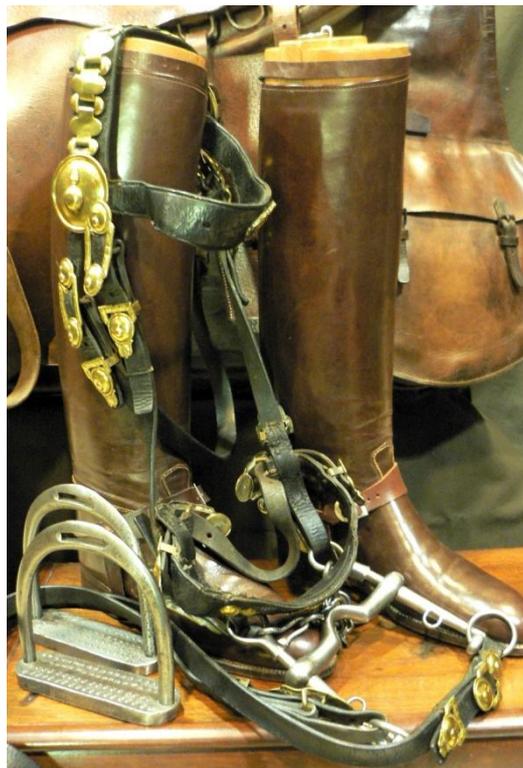
Detalle de las dos bandas de grupa cuya curiosa disposición dieron en llamar, a todo el conjunto, silla de cola de pato. Se puede observar que esas dos “puntas” van forradas por unos cueros llamados calcetines. En ambos extremos aparecen las anillas para las correas cubre capote.



Obsérvense las anillas, situadas tanto a la izquierda como a la derecha, de las cuales se puede suspender diversidad de elementos: tahalí, cartera portaplanos o, en uso por la tropa, funda para el mosquetón Mauser.



Tres complementos dignos del teniente Del Pozo: un sable para oficial de Artillería modelo 1862 cuya vida activa alcanzó hasta mediados de siglo XX, una fusta de montar forrada de cuero de buena factura y el articulado bocado de filete en cuyas anillas se colocaban las falsas riendas.



Finalmente, redondeó su equipo con un buen bocado de adecuado desveno para no castigar demasiado a su alazán, un par de sólidos estribos, una cabezada de gala que le costó un pico y un par de botas “avellana” que centelleaban más que el charol.



Interior de un acuartelamiento bien adoquinado con un soldado del Regtº Dragones de Numancia 11º de Caballería a comienzos del siglo XX. Emplea silla de montar del modelo tratado en estas líneas.